

Currículum
Rafael Aguilera



RAFAEL AGUILERA BAENA O LA CRUELDAD DEL INDIVIDUALISMO

Si Rafael Aguilera Baena hubiera tenido la suerte de nacer más abajo de donde nació o más pronto sería, sin duda, hechicero. Vino al mundo en Lucena en medio de ese largo silencio que dejan las guerras. Un día en que el maestro mandó dibujar, Rafael hizo unos pimientos rojos. Los lápices se adaptaron a la piel tersa y brillante como si fueran dedos. El maestro los miró un largo rato y luego dijo: *"Valen para un cuadro. Dile a tu madre que te los ponga en ensalada"*. Desde ese día Rafael sabe lo que tiene que comer por los colores que el último cuadro le obligó a utilizar. Desde entonces, también, dibuja con lápices de colores, arrastrado por un vendaval apocalíptico, todo aquello que desea poseer. Cuando suena el reloj o la campana cercana del convento los personajes del cuadro se estremecen, como si acabaran de aprender que su hechizo consiste en residir en un espejo que desconoce la dimensión del tiempo.

Cuando ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando guardó los lápices de colores apresuradamente, pues el clasicismo de las escayolas perdía solemnidad hasta tal punto que, una Venus recién salida del baño, terminaba pareciéndose, sobre todo en espíritu, a la vecina de arriba, que no terminó la escuela por ponerse a coser para la calle.

Es así como se adentra en el óleo. Trata de aterciopelar, de difuminar, de ser academicista; pero el mundo visual y onírico de la vida cotidiana vuelve a imponerse y sus cuadros se tiñen de los colores de los mercados y de los gestos procaces que las gentes hacen o sueñan con hacer.

La obra pictórica de Rafael Aguilera Baena es una interminable galería de personajes, de personajes sin lustre, pues en la instantánea del cuadro ninguno de ellos piensa en la posteridad. No hay tipos. No hay símbolos. Cada personaje se presenta a sí mismo con la liturgia más trivial del individualismo. La única transcendencia posible sería la de parecerse cada uno a las muchas equivalencias que se repiten en el tejido social.

Tampoco hay teorías. Rafael está trabajando en el retablo de lo cotidiano. La vida diaria ha subido al altar de las artes plásticas sin estilizaciones, sin edulcorantes. La gente del barrio se presenta a sí misma en su propio papel. Estas personas carecen de máscara. Posan con la misma solemnidad con que se comen un huevo frito.

Rafael ha vuelto a Lucena. Vive allí con Isabel y sus dos hijos en una calle empinada. De su infancia recuerda las fiestas, los entierros, las procesiones, las tardes de toros. Huyó de Madrid sin saber por qué. Dice que aquí está la gente más cerca. Ha llenado la casa de objetos, que son como amuletos, y de cuadros.

Isabel pinta en un cuarto y él en otro. En el suyo hay zapatos, cajas, jaulas, lamparillas de aceite, máscaras de carnaval, floreros, frutas, teteras, tazones, fotos, cintas de pelo. Todo navega en aquel espacio que da a la calle como el barco fantasma de la memoria. Rafael rellena el fondo de los cuadros con ellos hasta la saciedad. Aparecen en todos los ángulos, entre las piernas de los personajes retratados y en cualquier resquicio. Están allí como en el escaparate de una almoneda en la que nunca se vendiera nada. Son una almoneda. Actúan entre inocencia y descaro como si se burlaran del presente. Si las personas son el tema, el núcleo de la significación, ellos, los objetos, son los nexos. Construyen una frontera entre lo que es habitual y lo que se esconde. Despiertan interpretaciones posibles con una vaguedad que sólo recuerda la de los sueños:

A una careta de ojos vacíos le salen dos chorrillos desde el oscuro cuévano de la mirada que trazan en el aire la parábola del agua en la fuente.

Una caja de costura está abierta, llena de hilos, y en el espejo interior de la tapa hay fotos familiares pilladas.

Al pie de una jaula abierta yace un abanico.

Una cabeza galante de cartón nos mira entre inocente e insinuante tocada con un sombrero de cintas al aire.

Unos zapatos rojos de niño esperan sin estrenar sobre una caja blanca de cartón.

Entre las piernas de un desnudo una careta mira descaradamente desde el mismísimo punto de fuga.

Una lamparilla de aceite arde junto a una foto que el abuelo se hizo de joven.

Una rama de la parrita virgen desciende florecida por un ángulo alto, y lo invade todo, enmarcando a un personaje que contempla una lámina porno.

Un profesor de instituto, que da filosofía, tiene en el regazo a una gallina.

Hay una ceremonia misteriosa entre los objetos, lo humano y lo oculto. En el ritual se mezcla lo cotidiano con la memoria. Batiburrillo de lo real y lo onírico.

El lenguaje de la publicidad nos transmite los sueños del éxito. Nosotros, conscientes de que se nos engaña, los admitimos como un mal necesario. La obra de Rafael nos coloca en una situación parecida, pero marcada por el signo contrario. Los sueños no son los del triunfo. La memoria se actualiza a través de los objetos como algo veraz. La relación con la nostalgia es tan auténtica que los retratados por Rafael disfrutan viendo a los otros, pero no a sí mismo. Algo así como si allí se viera la cara oculta del individualismo, en donde padecemos la enfermedad de no reconocernos a nosotros mismos. Ante la polémica bifurcación del arte hacia la evasión o la toma de conciencia, esta obra pictórica no nos deja escapar, se hace para levantar acta de cómo somos a estas alturas de la historia. Repudiarnos no cambia las cosas.

Los lápices y los óleos de Rafael Aguilera Baena como expresión son herederos de todas las vanguardias que tuvieron al hombre como argumento. Reciben del fauvismo lo compulsivo del color, la guerra abierta entre los temas y el independentismo de las gamas cromáticas. Han confundido, al igual que los surrealistas, lo real y lo imaginado. El Expresionismo, en tanto que escuela y en tanto que tendencia, se ha convertido en la única forma que tiene este pintor de ver la vida. Se expresa así arrastrado por el convencimiento de que no existe otra manera. El retablo de la vida diaria caería en lo cursi de otro modo, incluso intelectualizado. Este pintor no se ha inscrito en ninguna escuela. Lo único que ocurre es que la realidad se le impone. Para surrealistas, fauvistas o expresionistas existe finalmente una voluntad estética. No en vano formaban grupos cuyas teorías tenían que hacerse valer. En esta pintura las formas se imponen de modo inevitable porque la realidad que nos rodea es también inevitable.

Se podría también ante esta obra caer en la tentación de recordar el amable mundo de lo naif e, incluso, los alardes visuales del comic. Pero en uno y en otro el contexto es narrativo. Un cuadro naif es una escena, compleja las más de las veces, pero ligada siempre, en última instancia, por la propia visión del espectador. El comic crea una tensión dramática que se resuelve de viñeta en viñeta. La imaginería de Rafael se presenta como una sucesión de instantáneas fotográficas. La relación se entablaría únicamente sumando individualismos, como ocurre en la calle en la que uno vive. Cada personaje es testigo de si mismo sin estilizaciones, sin conciencia de clase, con la conciencia roma de lo cotidiano.

En medio de tanto esteticismo fin de siglo la vida diaria ha encontrado al fin un hueco en la pared para dejarse ver sin vergüenza.

Curriculum de Rafael Aguilera Baena

Nacido en Lucena (Córdoba), actualmente profesor agregado del I.B. de Cabra (Córdoba). Licenciado en Bellas Artes por la Facultad de San Fernando de Madrid.

Ha obtenido los siguientes premios:

- Primer premio de pintura en 1980 en Morón de la Frontera (Sevilla).
- Segundo premio de pintura en Jerez de la Frontera en 1980.
- Primer premio de Dibujo en el Colegio de Profesores de Dibujo de Sevilla, 1980.
- Primer premio de pintura en Moriles en 1980.
- Mención de Honor en Moriles en 1980.
- 2 menciones de honor en Lucena, 1980-81.
- 2º Premio Ministerio de Educación, 1981.
- Mención de Honor en Montilla, 1981.
- Premio Mari Luz, Paleta de Oro en el Salón de Otoño de Madrid.
- Segundo premio de pintura de León, Caja de Ahorros de Ponferrada, 1981.
- Segundo premio de pintura en Mora de Toledo.
- Premio de pintura sobre el asfalto en el Barrio de Chamberí de Madrid.

- 3ª y 2ª medalla en el Salón de Otoño de Madrid en la fase de óleo y dibujo.
- Mención Honorífica en el Certamen Internacional de pintura de Benalmádena, 1980.
- 3º Premio de pintura de Lucena.
- Accésit en Plasencia (Cáceres), 1983.
- Premio Especial Salón Otoño, Madrid, 1984.

Participación en Concursos colectivos y exposiciones individuales:

- Blanco y Negro. 1976, Bienal del Deporte. Museo de Jaén. Ayuntamiento de Montilla. Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Córdoba en Marbella. Aguilar de la Frontera. Caja de Ahorros de Cádiz, Galería Pizmar de Córdoba. Sala Municipal de Arte de Córdoba. Palma de Mallorca. Museo Internacional de Lanzarote. Lucena. Luque. Cabra. Sevilla (Librería Montparnasse).
- Exposición Antológica de Rafael Aguilera e Isabel jurado, en la Diputación de Córdoba. Diciembre de 1985 - Enero de 1986.
- Exposición itinerante de la Diputación de Córdoba, 1986.
- Museo Brocense. Cáceres. 1986.
- Galería Orfila. Madrid. 1987.